

mentos, mandó que les metieran unas astillas agudas entre las uñas, cuyo fuerte dolor tampoco pudo disminuir su fortaleza. Miétras mas los atormentaban, mas alababan á Dios; y el presidente para callarlos mandó cortarles la lengua, las manos y los piés, y por último los degolló, recibiendo entónces la corona de gloria inmortal á que se habian hecho acreedores por su constancia.

La Epístola es del capítulo VII de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Carísimos: Teniendo pues, estas promesas, purifiquémonos de cuanto mancha la carne y el espíritu, perfeccionando nuestra santificación con el temor de Dios. Atended á lo que os digo. Nosotros á nadie hemos injuriado, á nadie pervertido, á nadie hemos engañado. No lo digo por tacharos á vosotros; porque ya os dije ántes de ahora que os tenemos en el corazon, y estamos prontos á morir ó á vivir en vuestra compañía. Grande es la confianza que de vosotros tengo: muchos los motivos de gloriarme por vosotros, y estoy inundado de consuelo, rebose de gozo en medio de todas mis tribulaciones.

El Evangelio es del capítulo XI de San Mateo (pág. 43).

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Yo te glorifico &c.

MEDITACION.

Sobre el silencio de los claustros.

Considera que no hay instituto religioso que no tenga por una de sus principales reglas la observancia del silencio, especialmente en ciertos tiempos, como de adviento ó cuaresma. En las antiguas Lauras y monasterios de los desiertos era tan continuo y riguroso, que apénas se oia la voz de aquellos monges, mas que en el canto de los himnos y salmos con que alababan al Señor á ciertas horas del dia y de la noche. ¿Y por qué una observancia tan universal y constante? ¿Acaso por evitar las seducciones y demas males que hemos considerado ayer? ¿Pues podian estos darse entre varones de una santidad tan asombrosa? Cierto es que la regla del silencio no podia desentenderse de este objeto, pues su falta no dejaria de ser ocasion de culpas aun entre personas perfectas, las cuales bajarían de su perfeccion, ó la perderían del todo si no guardasen el silencio; pero aun lleva otro objeto mas elevado el silencio en los

claustros: él es un medio para procurar esa misma perfeccion, pues entra evitando las porfias, las cuestiones y todo género de altercacion y contienda sobre asuntos especulativos, que es un vicio en que suelen caer las personas estudiosas ó por lo ménos discursivas y dadas á la leccion y á la meditacion de las cosas: él evita las vanas complacencias, la lisonja, la trisca, las palabras ociosas, las quejas, las vindicaciones del amor propio, y otros muchos defectos de que adolecen aun las personas virtuosas, que por ellos no llegan á conseguir la perfeccion. He aquí un objeto de primera importancia en la religion para la observancia del silencio, pues los que respecto de una persona privada no pasarian de defectos de poca trascendencia, en una comunidad dada á la vida ejemplar y de comun edificacion, la harian faltar á su instituto, y serian el primer origen de la discordia, la soberbia, la emulacion y otros males que causarian su entera ruina.

Considera que á mas de esto es el silencio de los claustros una imágen viva de la religiosidad y la piedad, que se presenta á los ojos de todos los hermanos para excitarlos al espíritu de recogimiento, de oracion, de acatamiento, de culto, y por esta via á todo lo que es ejercicio de devocion y práctica del amor de Dios; pues ciertamente el abstraerse de comunicacion unos con otros los hermanos, no es para darse á un espíritu de misantropía, ni á la fiereza ó extrañeza de los selvages, sino para dedicarse exclusivamente á la devocion y al amor santo de Dios. ¡Ah! Bajo de este aspecto, ¡qué hermosa se presenta la imágen de la religion! Ella camina por unas sendas desconocidas al mundo y á los hombres terrenos que no tienen ni aun una leve idea de la vida del Espíritu; pero patentes á Dios que ve marchar por ellas á sus almas para salirles al encuentro por el conocimiento y el amor. No, no está negada la habla á estas almas dichosísimas: ellas hablan, y hablan mucho; mas solamente con aquel que tiene palabras de vida, con aquel que es la palabra eterna que trae á sus almas al retiro y la soledad para hablarles al corazon. He aquí una habla que no puede traer la corrupcion, sino que ántes preserva á ella, fomenta la salud espiritual, y da y aumenta la vida de la gracia. Esta es aquella conversacion que quiere el Apóstol que tengamos en los cielos, esto es, con Dios y con sus ángeles; conversacion que santifica al alma y que instruyéndola en los caminos del Señor, la conduce al logro de una felicidad inmarcesible.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No basta el simple ánimo ó propósito de guardar el silencio para que en efecto se observe y guarde; pues la sola voluntad del hombre es defectible, y su juicio muda de parecer á cada instante: es por lo mismo de una necesidad indispensable el espíritu de propia mortificacion, mediante el cual se habitúe el hombre á vencer el apetito de hablar, y se radique en la observancia del silencio. Este espíritu es tanto mas necesario en una comunidad religiosa, cuanto que en ella no faltan personas imperfectas, por cuyo mal ejemplo es muy frecuente la ocasion y la tentacion de hablar; de manera que el religioso observante se ve en la necesidad de vencerse á sí mismo, y de contrarestar al mal ejemplo del inobservante. Conviénele, por tanto, corroborar su propósito con el espíritu de mortificacion y de negacion propia.

JACULATORIA.

Señor, ¿á quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna.

LECCION.

Sobre el propósito de la enmienda.

El propósito de no pecar mas, es absolutamente necesario para una buena confesion; porque el dolor con el propósito es la materia próxima que como parte constituye el sacramento de la penitencia. Igualmente debe unirse á la contricion y á la atricion, porque no pueden detestarse y aborrecerse las culpas, ni existir un dolor soberano y universal del pecado sin el propósito de no volver á cometerle: ni puede comprenderse un sentimiento tan grande por haber ofendido á Dios en una persona que no quisiese abstenerse en lo futuro de repetir las mismas ó semejantes ofensas. La Escritura Santa y la tradicion conservada por los padres de la Iglesia comprueban esta verdad de un modo inequívoco. Por el Profeta Ezequiel nos amonesta Dios, diciendo: *Si el impío hiciere penitencia de todos los pecados que haya cometido y guardase todos mis preceptos, vivirá ciertamente, y no morirá. Convertios, dice el Altísimo, y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, y ya no serán en vuestro daño: arrojad de vosotros todas vuestras iniquidades y prevaricaciones en que habeis pecado, y haceos*

un corazon nuevo y un nuevo espíritu. Jesucristo dijo á la muger adúltera: *Anda, y no quieras pecar mas;* y á aquel paralítico á quien habia curado en la piscina: *Ya estás sano; no quieras pecar, porque no te suceda algo en lo de adelante.* Oigamos á S. Agustin: "Aquel, dice, que despues del bautismo se considera obligado en virtud de las antiguas maldades, todavía es enemigo de sí mismo miéntras duda mudar de vida; porque á la verdad, el que persevera en pecar, *atesora para sí la ira en el dia de la revelacion y del justo juicio de Dios.* El que todavía vive, es dirigido por la pasciencia divina al arrepentimiento. Hallándose atado con los lazos del pecado mortal, se detiene y vacila en acogerse á las llaves de la Iglesia, por las que siendo desatado en la tierra lo será en el cielo. Júzguese, pues, á sí mismo el hombre por su voluntad cuando puede, y mude en mejores sus costumbres; no sea que cuando ya no pueda, se mire juzgado contra su voluntad por el Señor. . . . Si eres penitente, arrepíentete: si estás arrepentido, ¿por qué haces el mal que ántes hiciste? Si te arrepientes de haberlo ejecutado, no quieras hacerlo; y si todavía lo ejecutas, ciertamente no eres penitente. El que habiendo recibido el bautismo se ha hecho desertor violando tan grande sacramento, si hiciere penitencia de todo su corazon, hará aquella clase de penitencia que vió Dios en el corazon de David, cuando reconvenido por el Profeta despues de las mas terribles amenazas, exclamó prorumpiendo en esta sola palabra: *Pequé,* y al momento escuchó: *El Señor borró tu pecado.*" Seria inútil aglomerar la multitud de sentencias en que éste y otros santos padres asientan la necesidad de este propósito como tan inmediatamente conexo con el dolor y arrepentimiento indispensable para la justificacion del pecador.

Mas para que sea verdadero y fructuoso el propósito de la enmienda, ha de ser firme, universal y eficaz. Quiere decir que sea firme, que el penitente tenga voluntad deliberada de no recaer en las culpas cometidas, y el ánimo de tal modo resuelto, que no quiera cometer el pecado en lo de adelante, ni por el temor de mal alguno que le amenace, ni por el deseo de ningun bien que le halague.

Se requiere que el propósito sea universal y que comprenda todos los pecados mortales, sin exceptuar ninguno, porque aunque el dolor y detestacion de los cometidos sea bastante para el valor de la confesion, como que este dolor se dirige á los que especialmente debe aborrecer en aquel acto el penitente, no basta, sin embargo, el

propósito particular de no cometer aquellos en que ántes incurrió, pues está obligado el pecador á tener una absoluta y positiva voluntad de evitar cualquier clase de pecado mortal. Así es que, hablando el santo concilio de Trento de la contrición en general, dice que "es el dolor del alma y la detestacion del pecado cometido;" y no dice de todos los pecados; mas al hablar del propósito de la enmienda, se expresa en estos términos: "Con propósito de no pecar en lo de adelante;" lo que importa una promesa universal y absoluta, pues prometiendo no pecar, es claro que se excluyen todos y cada uno de los pecados. Cuando dijimos al hablar de la contrición, que debe ser universal, ó que debe comprender á todas las culpas cometidas, tuvimos presente que, fundándose nuestro arrepentimiento en la razon de la ofensa que se hace á Dios, considerado como un sumo bien, debe aborrecerse todo lo que de él nos separa: por identidad de razones, si pudiera exceptuarse de nuestro propósito un solo pecado mortal, este conservaría un afecto en nuestro corazon, que por lo mismo no estaria convertido.

La última condicion que ha de tener el propósito para ser válido y provechoso, es la de ser eficaz, que es decir, sério y resuelto, de manera que excluya todo acto contrario, y que si pudiera, no solo quitaría la voluntad de volver á pecar, sino que pondría la mas firme seguridad de no incurrir en la culpa. Los que al confesarse se valen de excusas para no apartarse del pecado, hacen lo que los convidados á las bodas, de quienes dice San Mateo, que en realidad no querian ir á ellas, intentando encubrir la falta de voluntad con sutiles pretextos. Los penitentes que alegan la fragilidad, la costumbre ó la necesidad, no tienen voluntad verdadera de enmendarse: aunque quieren arrepentirse, no se resuelven á dejar el afecto al vicio que tienen reconcentrado. Es necesario ademas no solo prometer la fuga del pecado, sino aun la de todo lo que nos conduce á él, especialmente las ocasiones próximas, esto es, aquellas ocasiones que siempre, ó casi siempre inducen á pecar, como el que casi siempre blasfema en el juego, tiene en él una ocasion próxima, y está obligado á tener propósito de no jugar. En este propósito debe incluirse el de recurrir á la oracion en las tentaciones y peligros, que sin este auxilio seria muy difícil vencer, porque el que no quiere poner el remedio para abstenerse de la culpa, implícitamente consiente y quiere volver á ella. Si recibió alguno una ofensa, debe deponer el odio y prometer reconciliarse con quien le ofendió, siem-

pre que el prudente confesor juzgue que está obligado á ello; porque quien no perdona á otro, no espere que Dios le perdone. Por último, si por fuerza ó con engaño quitó á alguno la honra ó la hacienda, ó le hizo algun daño ú ofensa en el alma ó en el cuerpo, necesita hacer propósito de satisfacerle ó compensarle, porque siendo pecado el retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño, nadie puede tener propósito de no pecar cuando no le tiene de restituir y satisfacer. Es preciso, pues, derramar los pecados como los israelitas, que para explicar su conversion á Dios derramaron agua, significando que jamas la volverian á recoger: no de otra manera ha de prometer el penitente no volver á la culpa, haciendo su propósito de enmienda firme, universal y eficaz.

Pero ¿cómo podremos conocer que nuestro propósito es tan firme, universal y eficaz cual se requiere, y que al presentarnos al tribunal de la penitencia no formamos únicamente aquellos propósitos vagos é indeterminados de conversion que nunca llegan á tener efecto, y que acaso solamente hacemos para alucinarnos y calmar nuestra conciencia, que alguna vez teme cometer un sacrilegio profanando el sacramento de la penitencia; pero cuya falsedad conocemos nosotros mismos al advertir que dejan en lo íntimo del corazon no solo la voluntad y el afecto al vicio, sino tambien el secreto conocimiento de que todavía no queremos renunciarlo? La conciencia no puede en esto engañarse á sí misma, y con respecto á los pecados mortales, tenemos tres reglas bastante seguras para cerciorarnos por los efectos de la eficacia de nuestros propósitos, con solo observar la mudanza de nuestra vida, los esfuerzos que hacemos para corregir nuestros hábitos y malas costumbres, y la constancia y vigilancia en huir de las ocasiones del pecado. Los preludios de la conversion á una nueva vida y á una renovacion entera de costumbres, tienen una viveza tan especial y bien marcada, que desde luego se dan á conocer sin temor de duda alguna. Dirigiendo una mirada á las conversiones de una Magdalena, de un Pablo y de un Agustin, vemos en medio de cuántos heroicos esfuerzos y cuántos admirables excesos de amor y compuncion se perfecciona y se consume la grandiosa obra de nuestra justificacion; pero una fria tranquilidad que degenera en apatía, nada presenta que lo anuncie: las mismas concurrencias, igual disipacion, semejante aire de mundo, idéntica tibieza en el cumplimiento de nuestros deberes, y el propio desgano en el ejercicio de las virtudes, nos

indican ciertamente una mudanza de vida, tal cual es necesaria para el que separándose de la senda del vicio por la que corría precipitado de uno en otro exceso, y de uno en otro abismo, retrocede, conoce el mal sendero, y con la luz de la divina gracia torna al camino recto, del que se había desviado en medio de la oscuridad en la tempestuosa noche de sus culpas.

Los esfuerzos que debemos hacer para corregir nuestras costumbres, son el termómetro que nos designa el mayor ó menor grado de la eficacia de nuestros propósitos. La facilidad de caer en ciertos pecados á que estamos como acostumbrados y la fuerza de los hábitos, hace en nosotros una segunda naturaleza, y engendra, como dice San Agustín, cierta necesidad, que cual dura cadena tiene aprisionado al hombre, y exige de él una oración continua y fervorosa, para oponer la reflexion y la constancia á aquellos impulsos que ántes dominaban completamente nuestra alma. ¿Y podrán estimarse en algo los propósitos de aquel que ofreciendo evitar las caídas, no reflexiona en el terreno resbaladizo por donde camina, y muy distante de velar sobre sus pasos, ya que no duerme en la falsa seguridad de su orgullo, se distrae, cuando á cada momento sus hábitos lo llevan insensiblemente al lugar de donde queria separarse y del que se halla mucho mas próximo de lo que creia? En efecto, vanos é inútiles serán los esfuerzos para corregir nuestras malas costumbres, y por consiguiente muy débil la seguridad que puedan darnos de la firmeza de nuestro propósito, si no procuramos huir las ocasiones, especialmente las próximas, que son las que por su naturaleza inducen al pecado, y las que atendidas las circunstancias y disposiciones de la persona, la constituyen en probable y moral peligro del pecar; pues que para saber que hay ocasion próxima no se ha de atender solo á la frecuencia de las culpas, sino principalmente al peligro cercano de cometerlas; porque aunque nunca se haya cometido un pecado, debe evitarse aquella situacion, en que atendidas las circunstancias, probablemente se ha de incurrir en él. Ya pecó el que se pone voluntariamente en peligro próximo de pecar; pues como dice el Espíritu Santo: *El que ama el peligro, perecerá en él.*

Conviene, sin embargo, distinguir entre culpas y faltas. Las culpas que proceden de una voluntad maliciosa, que ama el pecado y quiere continuar en él, deben arrancarse con rigor; pero las faltas que nacen de inadvertencia, de flaqueza ó de miseria, nos han de

acompañar hasta la muerte. "Hay ciertos defectos," dice S. Francisco de Sales, "de los cuales mucho será que nos podamos ver libres un cuarto de hora ántes de morir." Procuremos la enmienda; pero con paz y sin inquietud, pues hemos visto ya la necesidad del propósito de ella firme, universal y eficaz, y conocemos las reglas que pueden indicarnos su firmeza y eficacia, mudando nuestra vida, esforzándonos á corregir las malas costumbres, y huyendo de las ocasiones de pecar.

DIA SEIS.

San Leonardo, ermitaño y confesor.

San Leonardo, á quien otros llaman Lienardo, fué frances de nacimiento, y pendia de una de las familias mas ilustres de la corte de Clodoveo el Grande. Este monarca tomó el mayor empeño en educarlo como á un príncipe, y San Remigio por su parte procuró darle lecciones de buena moral y de religion desde su infancia, para que conociera lo que debia á Dios que le habia criado. De esta manera fué creciendo nuestro Santo y adquiriendo ideas exactas, tanto sobre el conocimiento del mundo, como sobre la perfeccion de la vida cristiana. Por seguir los consejos de su maestro espiritual, abandonó la corte de Clodoveo, que no la veia muy conforme á sus ideas de vida solitaria, por la que anhelaba desde su infancia, y ya no tenia mas placer que ejecutar las máximas que le inspiraba Remigio. Se dedicó á la predicacion de la doctrina evangélica, y hacia maravillosas conversiones, tanto de pecadores obstinados, como de infieles á quienes no habia alumbrado la luz de la verdad católica. Su elocuencia natural y sus modales dulces, hacian atraer al camino de la virtud á los que por desgracia lo habian perdido.

El rey Clodoveo sentia sobremanera la separacion de Leonardo de su corte, y diariamente hacia grandes esfuerzos para atraerlo nuevamente á su palacio; pero nuestro Santo, que apreciaba mas la tranquilidad de su espíritu, que todos los honores que pudiera ofrecerle Clodoveo, nunca quiso volver á la compañía de éste. Para librarse de los compromisos, y entregarse únicamente á la vida contemplativa, se retiró en secreto al territorio de Orleans, y tomó el